



LA VISITA DE LA VIEJA.

CUENTO.

Querida María:

Me pides un consuelo que mitigue la intensidad de tu dolor, y aunque lloro contigo la desgracia que te apena, no hallo en mí más que dos palabras: *fe* y *resignacion*. Acepta la cruz que el Señor te envía, dobla la cabeza y aguarda... He oído referir un cuento y no puedo resistir al deseo de narrarlo para tí, por si puedes hallar en él una gota de ese bálsamo que me pides y que tan sólo en el cielo se elabora.

Una mujer joven y bella, con los cabellos en desórden, rojos los ojos por el llanto, convulsa y agitada por la forzada vigilia, velaba amante y cuidadosa junto á la cuna de su única hija. La niña, pálida y trasparente como una azucena, dejaba escapar de su pecho un quejido las-

timoso y triste, y sin embargo, miraba á su madre sonriendo, como si nada sufriese: la madre la besaba sin cesar, oprimiendo entre las suyas la manita de la interesante enferma. Abrese la puerta de la sala dando paso á una vieja, de mirada dulce y plácida sonrisa, que sin dejar de sonreír se dirige á la cuna, toma la niña enferma en sus brazos, y haciéndola callar, consigue que ésta esconda en su seno la rubia cabeza, dejándose llevar fuera de la estancia.

En el momento la madre quiere alcanzar á su hija y no puede; quiere asir la falda de aquella osada anciana y escapa de sus manos: la maltrata, la increpa duramente, la maldice, y aquella al huir no se enfada. La pobre madre cree ser presa de un delirio y cierra los ojos: sus

temblorosas manos buscan, en vano, sobre la almohada de la cuna vacía la cabeza del alma de su alma; pero tan sólo halla una flor, la cándida azucena. ¡Desesperada, loca de dolor, corre tras de su bien, cruza las solitarias calles de la aldea, y nadie responde á sus lastimeros ayes! Una labradora viene del trabajo, la oye, y se llega á preguntarle.

—¿Qué tienes, hermosa Lucía?

—¡Ay, Magdalena, que una vieja me robó la niña enferma, la paloma sin hiel, la flor de mis amores, el espejo en que me miraba, el regalo de mi corazón, el dulce encanto de mi vida, la esperanza de mi vejez! ¡No, no hay consuelo para mí!

—¿Lucía, quieres hallar á tu hija?

—¡Que si quiero, corazón de roble!

—No me maltrates sin ver lo que yo he visto: ven conmigo.

Y asiéndola de la mano, la condujo fuera de la aldea.

—Mira; ve hacia Oriente, cruza el valle; y cuando hubieres andado tres días, siempre en la misma dirección, hallarás un lago, y en la opuesta orilla una casita: allí se esconde la vieja que nos robó mi hija y la tuya; pero sufrirás mucho para salvar el lago.

Lucía sin contestar, sin recoger sus lágrimas, sin apagar sus lamentos, se encaminó hacia Oriente: tres

días anduvo sin cesar ántes de descubrir el lago; ¡pero cuál fué su consuelo al llegar á sus bordes y verlo solitario! Ni una barca, ni un pescador á quien pedir auxilio. Las aves en los sauces, que se miran en las aguas, contestan con sus píos á las quejas de Lucía; pero ningún ser humano alcanza su vista. Casi desfallecida sentóse en el suelo exclamando:

—¡Nadie, nadie me socorre! Pecesillos que bogais por las aguas, enseñadme vuestra ciencia: pajarillos que volais de rama en rama, prestadme vuestras alas. ¡Quién me socorre!

De pronto brilló en su mirada un relámpago de gozo, y por un movimiento rápido cual el pensamiento que brotó en su mente, se puso en pié, y colgándose de las ramas de los sauces, con el peso de su cuerpo logró desgajar bastantes para entrelazarlas con las cintas de su traje y formar un esquife frágil y pequeño, al que una madre tan sólo se hubiese atrevido á confiar su vida.

Con grande esfuerzo logró arrojar al agua la balsa, y remando con una rama, de pié sobre su pobre barquilla se deslizó sobre las aguas sin temor, con firme voluntad.

Vió peces muy lindos que la buscaban como para distraer su pena; halló plantas acuáticas cubiertas de flores convidándola á detenerse. Mas lejos, muy lejos, enturbiáronse

las aguas, se levantaron olas como en el mar; el viento y la lluvia destrozaron su traje, y los abismos que se abrían semejaban sepulturas. Estaba pálida, aterrada; pero no desmayó, y cuando sentía menguar sus fuerzas, cobraba nuevo brío y exclamaba así:

—No intimidáis el corazón de una madre ¡oh! ¡elementos! ¡Venid contra mí, que os desafío! Mi hija me espera, corro, voy allá.

Siguió la pobre joven remando sin cesar, y á la mitad del lago llegó á una isla hospitalaria; pero huyó de allí como de una tentación, siguiendo su camino. El tiempo volvió á serenarse, lució de nuevo la luz de la esperanza; ya se alcanzaba la orilla opuesta; un esfuerzo más y llega.

Un poder desconocido la conduce hasta la entrada de primoroso jardín; allí crecían, cultivadas con esmero, variedad de florecillas: jamás Lucía las vió más bellas ni de tan vivos colores. En el fondo de aquel jardín se distinguía una chocita tan blanca que parecía formada de jazmines; techada de pajas tan doradas, que Lucía hubiese creído que eran de oro. A la puerta, sentada en un poyo, hilaba la viejecita de blanco cabello, mirada dulce y sonrisa placentera.

Allí se dirige la madre, interroga á la vieja, se arroja á sus pies pidiéndole á su hija, ruega, supli-

ca, luego la increpa duramente, la maldice y vuelve á llorar; ruega y suplica de nuevo, hasta que la vieja, sin cesar de trabajar ni de sonreír, le dice:

—Por madre te perdono, que tu amor conduce á todo extremo; pero infortunada mujer, ¿no adviertes que ese amor lleva asido de la mano al egoísmo? Tu hija, mujer sin ventura, es cuan feliz puede ser. ¿Qué podrías ofrecerle tú? La sucesión de tus desdichas. Mira, ve aquella preciada flor que se corona del tinte de la pureza y tiene por manto el azul de los cielos; pues esa flor representa á tu hija en el Eden. Entra en mi casa, y si luego que conozcas el presente y el porvenir de tu niña la quieres en el mundo, yo te la devolveré; te daré esa flor, y en cuanto la dejes sobre la cuna hallarás la que perdiste.

—¡Mi hija! Quiero á mi hija, sin ver tu casa, ni conocer tus secretos: ¡mi hija!—gimió Lucía.

—Es condición forzosa; has de conocer lo desconocido.

Lucía entró en la choza; había una estancia adornada con extraño esmero, y en ella dos ventanas. Asomóse á la de la vida, y, á manera de visión, se le aparece su hija de una á otra edad, sufriendo las penas y sinsabores más vulgares del mundo.

La madre, en su presencia, siente agudos puñales en su corazón:

la ve tantas veces apenada, triste, enferma, sin ventura, que se estre-
mece y llora. Aquéllos, sin embar-
go, no eran verdaderos tormentos
aún; eran las penas y los sinsabo-
res de la vida, lo que ella misma
había sufrido en el curso natural de
la suya.

Huyó de la ventana que descu-
brió el vivir agobiada de dolor, y
llegóse á la de la muerte ansiando
hallar consuelo. Secáronse, en efec-
to, sus lágrimas; depuso sus triste-
zas; endulzóse su amargura; res-
plandeció su faz. Desde aquella
ventana se tranquilizaba el espí-
ritu.

Todo allí era luz, paz, dicha,
eternidad. La hermosa niña la mi-

raba sonriente; su infancia sería
eterna, ¡qué mayor ventura! Pare-
cia que al tenderla sus bracitos le
decía: «Madre, aquí te aguardo...»

La vieja llamó con su voz casca-
da á Lucía, y ésta le dijo:

—Tuya es la razon, refugio y
consuelo de los mortales, ¡oh muer-
te! Aquí te entrego el egoismo y
me llevo el amor para vivir de él,
aguardándote tranquila; pero ántes
de partir, no léjos de tu reino, per-
mite que riegue con llanto de ter-
nura y de piedad la flor que en tu
jardin representa la hija de mi
alma.

MARÍA DE LA PEÑA.

Madrid 13 de Junio.

AMOR AL PRÓJIMO.

Señor, yo te bendigo:
Tu mano generosa
Que esencia dá á la rosa,
Al hombre le dá amor.
Y es el amor estrella
Que vívida fulgura
En la tiniebla oscura
De todo corazon.
Guiado por su lumbre,
Errante peregrino,
Siguiendo mi camino
Con mis hermanos voy.
Impide ¡oh, Dios piadoso!
Que el odio en mi alma brote,
Y de esta luz se agote
La santa emanacion.
Alzando á los caídos,

Á humildes siendo escudo,
Vistiendo al que desnudo
Con lágrimas le habló;
Partiendo el pan y el agua
Con el que no tenía,
Ó al hambre se rendia
Ó huérfano se vió,
Así con el amigo
Y así con el contrario,
El Mártir del Calvario
Su caridad mostró.
Que venga yo no dejes,
En tu bondad inmensa,
Ofensa con ofensa...
Más noble es el perdon.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA NOCHE.

De lo alto de las torres descien-
den lúgubres sonidos de campanas:
las sombras avanzan, y envuelven
la tierra en negro manto: el bulli-
cio y rumor de las poblaciones se
extingue, y el espíritu se reconcen-
tra y medita al contemplar en torno
suyo las tinieblas. Esta es la cohorte
de la noche: sombras, soledad, ru-
mores que se apagan.

En las poblaciones rurales, cuan-
do la animación de la vida abandona
los campos, renace el hogar domé-
stico con todos sus encantos. El
trabajador descansa de sus faenas
rodeado de los seres más queridos.
Reina el contento en todos los cora-
zones, que se dilatan en el seno de
la familia.

Las grandes capitales tiene en
sus noches un matiz del día.

A la luz del sol sucede la luz del
gas profusamente repartida: á la
agitación de los negocios la agita-
ción de los salones, en los teatros,
en los círculos donde la política lle-
va sus cuestiones palpitantes: á las
fórmulas áridas de la ciencia, del
comercio, de la industria, las fórmu-
las de la amistad y de la galantería;
los dulces murmullos de gratas
conversaciones, mezclándose á las
armonías de cadenciosas músicas.

¿Quiénes son más felices, los ha-
bitantes de los pueblos ó los que
moran en las capitales? Unos y
otros serán desgraciados si no tie-
nen tranquila su conciencia; si al
entregarse al descanso, despues de
sus trabajos ó de sus placeres, no
encaminan el pensamiento á Dios.

LUIS PEREZ RUBIN.

TODO EN EL MUNDO ES AMOR.

¿Qué son las armonías
Del céfiro suave,
Cuando suspira triste
Del bosque entre el follaje?
¿Qué los dulces gorjeos
De las pintadas aves,
Cuando á la tibia aurora
Prestan pleito homenaje?
¿Qué los vagos murmullos
De la fuente, que al valle
Lleva sus aguas puras
Por entre peñascales?
¿Qué del mar los rumores

Cuando sus olas baten
Las arenas, y en copos
De espuma se deshacen?
¿Qué los mil leves ruidos
Que de los campos salen
En las serenas noches
De nuestro clima suave?
¿Qué son más que suspiros
De ese amor puro y grande
Que la naturaleza
Rebosa en todas partes?

CELSE GOMIS.

IDEAS SUELTAS.

Al encender un fósforo
Pensé en la dicha...
Me distraje y queméme
Con la cerilla.

—
Nunca se van del pecho
Las esperanzas,

Que siempre hay rinconcitos
Para guardarlas.

—
Entre cuatro angelitos
Llevan al muerto:
¡Qué buena compañía
Para ir al cielo!

CONSTANTINO GIL.

LAS ROSAS.

Un labrador que habitaba una casa de campo aislada, habia estado en la ciudad vecina durante el mes de Marzo; al volver á ella llevó un rosal, que plantó al instante en el jardin. La pequeña Margarita, su hija, que no habia visto nunca rosal alguno, le dijo:

—Pero padre, ¿por qué planta Vd. eso? ¿Y cómo ha pensado usted en poner en medio de un parterre tan hermoso esa planta seca y llena de espinas? ¡Qué triste adorno para el sitio de preferencia!

—Ten un poco de paciencia, mi querida hija,—respondió el padre;—esta planta llena de espinas producirá flores maravillosas, tales como no las has visto en tu vida.

Margarita no podia creer en semejante milagro, y meció su rizada cabeza.

Pero bien pronto el arbusto seco y espinoso empezó á mostrar unas

yemitas ó cogollitos verdes que se desplegaron despues en lindas hojitas; despues capullitos nacieron de estas ramas, crecieron, tomaron color y se pusieron gruesos y rosados. En fin, despues que los lirios, los tulipanes y los narcisos hubieron dejado de florecer, los botones del rosal se abrieron y el arbusto se cubrió de una multitud de flores; Margarita no se cansaba de admirar su delicioso color y de aspirar su delicado perfume.

—¡Qué bellas son estas rosas!—exclamaba con frecuencia.—Son más hermosas que todas las otras flores, y hacen el más lindo adorno de nuestro jardin; y además, como llegan despues de todas, son más apreciadas y parecen más bonitas!

—Ya ves, hija mia,—le respondió su padre,—cómo las rosas pueden florecer sobre las espinas; así del centro de las penas sale algunas

veces la felicidad; lo que importa es que conservemos fresca la savia de nuestro corazon.

—¿Y cuál es la savia del corazon, padre mio?

—La savia del corazon, —dijo éste, —es el amor á la virtud y el horror á las cosas malas, como la mentira, la golosina, la maledicencia; es la costumbre de rezar todos los dias y noches; es decir, el amar á Dios y á tu madre: si esa savia existe en el corazon, si somos buenos y nuestros sentimientos son puros, de las espinas de la vida saldrá nuestra felicidad. Tú has esperado las rosas

toda la primavera y con grande impaciencia. Pero ahora ves qué verdad tan grande encierra el proverbio que dice:—«El tiempo trae las rosas.»—Del mismo modo que este arbusto produce rosas, las contradicciones de la vida son frecuentemente causas de alegría para nosotros. Debemos soportarlas con resignacion, porque las tristezas que Dios nos envia, encierran acaso para el porvenir el gérmen de muchos dias de ventura, alegres como esas flores que tanto amas.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

MELODÍA.

Monumentales tumbas
De mármoles y bronce
Pregonan lo que puede
La vanidad del hombre;
Estatuas sepulcrales,
Pomposas inscripciones,
Emblemas del orgullo
De acaudalado prócer;
Gritando estareis siempre
Con voz sin eco:

—«De las dichas fugaces del mundo
Somos el término».

Ocultas y triste fosa
Sin lápida, sin nombre,
Sin brillo, y sin más galas
Que algunas mustias flores;
Humilde cruz de palo
Que, de la fosa al borde,
Recogimiento infundes
Y pides oraciones;

Gritando estareis siempre
Con voz sin eco:

—«De las penas fugaces del mundo
Somos el término».

PEDRO MARÍA BARRERA.



HIGIENE.

Ni Juanita, ni Manolo, ni Angel son, como otros niños, enemigos del agua; no, señor. Ellos comprenden todas las ventajas de la higiene, y entran alegremente en la tina á la menor insinuacion de su madre. Pero Manolo, que es muy revoltoso, hace siempre por entrar el primero, para impedir que sus hermanitos se bañen con comodidad. Juanita, que está muy gorda, encuentra escaso para ella todo el terreno; y Angel, medio dormido todavía, se contenta al pronto con el lugar que le dejan, sin perjuicio de hacer valer luego su carácter de Benjamín de la familia, para dominar en la mayor parte de la tina.



La limpieza, queridos niños, es una de las condiciones más esenciales para la salud del cuerpo, como la ciencia consigna; y la madre de Juana, Manolo y Angel, sin cursar en universidades ni profundizar los estudios hechos por los sabios, sabe sobradamente la necesidad de atender á las prescripciones que la higiene aconseja.

Dentro de poco, y terminado el lavatorio de los muchachos, se emprenderá su peinado y la revista de comisario para el cortado y limpieza de uñas, despues de cuyos requisitos podrá Juanita consagrarse á la terminacion del dobladillo en que se ocupa hace quince dias; Manolo dará un repaso á la tabla de restar, para que la palmeta del maestro no vuelva á recordarle sus obligaciones mal cumplidas, y Angel podrá seguir recor-tando y pegando en cartulina los pliegos de soldados franceses y de guardias civiles que le regalaron la tarde anterior.

La limpieza en los niños no sólo garantiza la conservacion de su salud, sino que les da hábitos que han de serles muy útiles en las relaciones sociales de la vida.

CONSECUENCIAS.



Si las travesuras salieran siempre bien, sin dejar de ser censurables, ofrecerian mayores alicientes á los que las cometen; pero las travesuras suelen tambien tener malas consecuencias, y Joaquinito, que es bastante revoltoso y que se dedica preferentemente á colgar botes de hoja de lata á la cola de los perros, se ha caído hace tres días en la calle, abriéndose en la cabeza una brecha de consideracion. Verdad es que algun santo ha debido protegerle, pues pudo muy bien haber quedado en el sitio: así lo ha dicho el señor médico, y así se encarga de repetírselo una y cien veces su buena madre, sobre todo cuando le pone en la herida las medicinas que se le han ordenado.

Joaquinito acepta con resignacion el martirio que sus travesuras le ocasionan; procura no reirse cuando le examina el médico, que por ser muy miope le roza siempre la frente con las narices; aguanta la aplicacion de las medicinas; y cuando algun dolor le mortifica, se limita á decir entre dientes: — ¡Oh! ¡Pues lo que es el perro del ebanista, que me ladró al verme caer, no se quedará sin pagármelas; y en cuanto al que me mordió ayer, ese no llevará bote, sino la sarten grande de la abuela!

¡Milagro será que con tan malos instintos no vuelva Joaquinito á tener nuevas contrariedades!



EL PAÍS DE LOS BUENOS MOZOS.

(Conclusion.)

VIII.

Sorprendido y triste quedóse mi amigo al saber mi resolución de abandonarle; pero llevaba en su tierra muchos días, y, aunque á él nunca se lo manifesté, comenzaban á aburrirme aquellos *buenos mozos*, y así me era ya preciso cuanto ántes darles un adios.

Avellana trató de que no llevara á efecto mi idea, para lo cual empleó los recursos más halagüeños que os podeis figurar. Entre otras me hizo la siguiente proposicion, que, francamente, fuí tan débil que casi la acepté.

Tenía mi buen amigo un pariente lejano, poderoso y con una hija soltera, la cual abrigaba Avellana la certeza de que aceptaría mi mano con más placer y cariño que quizás yo sus dos millones de dote.

A pesar de no ser interesado, y de comprender que la felicidad no estriba en las riquezas, la suma de dos millones cautiva fácilmente, y por ella se juzga uno capaz para acometer las más árduas empresas y hacer los mayores sacrificios. Decidí casarme. A las pocas horas era presentado al padre de mi futura, señor en extremo cumplido y por demas raro y fenomenal, cuyo

retrato, despues de haberle hecho algun favor, podreis contemplar á continuacion todo el tiempo que gusteis.



Despues de una larga y cordial conversacion, y de haber mediado infinidad de condiciones por ambas partes, quedó el asunto pendiente de resolución por unos días, durante los cuales yo hablaria algunos ratos con mi prometida, aunque siempre á presencia de su señor padre. Hasta aquí todo marchaba bien y era posible; pero aún no habia visto á la jóven, que esperaba que no fuese guapa, porque allí ninguna lo era, pero sí al ménos simpática y tratable.

Ante todo confieso que el haber prometido á mi amigo permanecer y aún establecerme en su país, no habia sido precisamente por lo que le apreciase, ni porque me gustara

su tierra, y ménos todavía por casarme, que á esto último nunca he tenido vocacion; solamente la esperanza de llegar á poseer los dos pícaros millones, me habia hecho desistir de mi propósito de marcharme de allí: por tanto, era justo que sufriese el castigo que por mi ambicion merecia.

Cuando al dia siguiente de la presentacion volví á la casa de mi futuro *papá suegro*, me fué por éste presentada la niña, con la que todos creian que compartiria mi suerte para siempre. Ni los fenómenos pintados en los cuadros que representan las tentaciones de San Antonio, son comparables con la fealdad de mi novia, y suprimo toda descripcion acerca de ella, porque con presentárosla basta.



Cinco minutos duraria la visita, porque habiendo fingido que de

pronto me habia puesto malo, me retiré inmediatamente de aquella casa.

Durante toda la tarde estuve pensando qué partido tomaria para librarme de la catástrofe que me amenazaba, y hasta habia momentos en que me figuraba que aquella criatura era ya mi esposa, idea que me produjo una verdadera fiebre. Con el fin de alejar de mi mente tan aterradoras figuraciones, bebí algunas copas de rom é inmediatamente me acosté; pero no bien me dormí, comencé á soñar sobre el mismo asunto, concluyendo por ser víctima de una angustiosa pesadilla por espacio de tres horas, al cabo de las cuales me desperté. Me puse á pensar acerca del partido que debia tomar; pues con lo ocurrido, mi permanencia en aquella tierra se haria cada dia más difícil, y hasta la amistad con Avellana se resentiria por dar la fatal coincidencia de ser la novia parienta suya. Despues de alguna vacilacion me determiné á poner fin á todo, tomando mi saco de noche y huyendo á buen paso de aquella tierra, no sin haber dejado ántes escrita una carta para Avellana, en la cual le exponía algunas de las razones que me obligaban á ausentarme de su patria de aquella manera. A pesar de verme así ya libre de compromisos y de *buenos mozos*, continuaron mis cavilacio-

nes y temores, hasta que felizmente, y sin poderme dar cuenta por dónde llegué, ni del tiempo que en ello pude emplear, me encontré á bordo de un magnífico vapor con rumbo á Manila. Entónces fué cuando recobré la tranquilidad de que tanto necesitaba, comenzando desde aquel instante á ser de nuevo mi vida alegre y fe-

liz como lo habia sido siempre.

Así es como salí del célebre *país de los buenos mozos*, del que, abusando de vuestra admirable paciencia, os he referido tantas cosas, habiendo sido mi deseo que os sirvieran de instruccion algunas de ellas, y de deleite y alegría las restantes.

EDUARDO GUILLEN.

GRATITUD.

Al practicar la virtud
De la caridad cristiana,
Ante su expresion dimana
Del pobre la gratitud.

Y va de su huella en pos,
Eco de los corazones,
Uniendo sus bendiciones
A la bendicion de Dios.

Ella es la expansion del alma
El gozo que el pecho exhibe

Cuando con el don recibe
El bienestar y la calma.

Es la mejor recompensa
Que da el sér que es bien nacido
Al que al mirarle abatido
Su proteccion le dispensa.

De la caridad sosten
Es su apoyo más leal,
Que no es fácil se obre mal
Cuando se agradece bien.

E. CEBALLOS QUINTANA.

PRONÓSTICOS DEDUCIDOS DE LOS ANIMALES.

Si los cuervos graznan por la mañana, señal de buen tiempo.

Cuando los patos chillan y vuelan, sumergiéndose en el agua, indican la lluvia y la tormenta.

Cuando las moscas pican con tenacidad, indican lluvias, del mismo modo que cuando las abejas se agitan en derredor de las colmenas y acometen á los que se acercan.

Los pichones que tardan tambien en volver al palomar, pronostican la lluvia.

Cuando las golondrinas vuelan junto á la tierra ó el agua, tocándola con las alas, señal de vientos fuertes.

Si los ánades se alisan la pluma con los picos, indicio de viento.

Cuando los bueyes pacen muy

de prisa despues de haber llovido, denota que lloverá más.

Si los pollos de gallina se recogen en el gallinero ántes de la hora de costumbre, anuncian lluvia.

Cuando las ranas repiten su canto con ménos intensidad que de ordinario, indican lluvias.

BALBINO CORTÉS Y MORALES.

ACTUALIDADES.

En la actualidad se están verificando en el Colegio Nacional de sordo-mudos y de ciegos los exámenes de fin de curso, que acreditan la aplicacion y progresos de los alumnos de dicho establecimiento, así como los desvelos del dignísimo Comisario regio del mismo, D. Francisco de P. Márquez y de los catedráticos todos.

El pueblo de Valdemoro estuvo de fiesta el día 19 del corriente. Los Reyes, la Corte, altas dignidades del ejército y del clero acudieron á solemnizar el acto de colocar la primera piedra del edificio que se va á construir para colegio de niñas huérfanas de la Guardia civil, bajo la direccion del arquitecto D. Bruno Fernandez de los Ronderos.

El veterano general Cotoner, director de tan benemérito instituto, pronunció breves frases de agradecimiento al Monarca, y S. M. contestó con un discurso en que se congratuló de que se levante una casa donde puedan encontrar educacion y asilo las huérfanas de los que tantas veces exponen su vida por conservar la tranquilidad y custodiar los intereses de los demas.

La familia Real y la comitiva visitaron despues el colegio que hoy existe, y que está admirablemente organizado, albergando 240 educandos. El Rey se enteró de la educacion que reciben, dirigiéndoles varias preguntas de religion, historia y geografia.

Al acto asistieron SS. MM. y AA. RR., el obispo auxiliar de Madrid, los señores ministro de la Guerra, duque de Sexto, generales Ceballos, Echagüe, Cotoner, Goyeneche, gobernador civil de Madrid, brigadier secretario de la Direccion general de

la Guardia civil, casi todos los jefes y oficiales de la misma, representantes de la prensa periódica, y gran número de personas invitadas con tal motivo.

El periódico *El Averiguador Universal*, que dirige nuestro ilustrado colaborador el Sr. Sbarbi, se hace más digno cada día, por sus interesantes y eruditos trabajos, de la proteccion que el público le dispensa. Acaba de repartirse el núm. 35.

Tambien merece ser leida y conservada la revista *El Teatro*, que nuestro querido amigo Julio Nombela publica mensualmente en esta corte.

Hemos recibido un ejemplar del útil é importante *Catálogo de las obras de fondo* del establecimiento tipográfico y librería católica de la Sra. Viuda de Cuesta é hijos, de Valladolid.

Los habitantes de Luik (Holanda), aprovechando el amor al hogar doméstico de la calumniada raza felina, han dado una nueva y original organizacion á su servicio de correos.

Luik es una villa rodeada de varios pueblecillos, con los cuales mantiene frecuentes relaciones comerciales.

Todas las tardes se lleva un gato á cada uno de esos pueblos, y por la noche se le suelta, poniéndole colgada al cuello la correspondencia que quiere hacerse llegar á Luik.

El gato es incapaz de faltar á la cena, y su amo recoge la correspondencia y va á depositarla en la administracion central.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Páginas.		Páginas.
Las escuelas de artes y oficios, por Emilio Ruiz de Salazar.....	1	Montesinos, por Juan de Macias y Juliá.....	17
El tiempo, por Eduardo Guillen...	3	Puerto seguro, por Antonio Trueba.	19
Seccion legislativa, por Francisco Garcia Cuevas.....	5	El agua, por Ventura Mayorga, 20 y	84
El cabello blanco, por Nicolás Muñoz	6	El pobre, por Th. Lebrun.....	22 y 36
A la Virgen de la Soledad, por Enrique Ceballos Quintana.....	7	El invierno.....	25
Las orejas del borrico, por J. E. Hartzenbusch.....	7	El abrigo, por Celso Gomis.....	26
La noche de Reyes, por S. Olmedo.	8	Conversaciones de un padre con sus hijos sobre Historia sagrada, por Ramon S. Campoamor..	26 y 33
Escenas infantiles.....	9 y 125	La lámpara de Pisa, por M. Calvo.	28
Rasgos de valor y heroismo, por E. Rodriguez Solís.....	10	Los niños abandonados, por M. Osorio y Bernard.....	30
El amor propio, por Maria del Pilar Sinués.....	12	A la Virgen del Pilar, por Juan Cervera Bachiller.....	34
Los Reyes, por Joaquín Olmedilla y Puig.....	13	Las conferencias académicas en el Instituto del Cardenal Cisneros, por Emilio Ruiz de Salazar.....	35
La Providencia en la Historia, por Luis Perez Rubin.....	13	Batalla de Tetuan, por Jerónimo Borao	41
Actualidades.....	15, 30, 47, 63, 79, 95, 111, 127, 144, 159, 175, 191, 207, 223, 255, 270 y	En el álbum de una madre, por Angel Maria Alvarez.....	42
Acertijos, charadas y jeroglíficos.....	16, 48, 64, 80, 112, 128, 166, 176, 192, 208, 223, 240 y	Un abuelito, por Eduardo Guillen..	43
Biografía del Ilmo. Sr. D. Pablo	272	La canción de la madre, por Antonio de Trueba.....	46
		Vieja y niña, por Rafael M. Liern.	46
		Amaos los unos á los otros, por Maria de la Peña.....	49

Páginas.	Páginas.
Una carta singular, por R. T. Muñoz de Luna..... 53	El prisionero, por Joaquina Balmaseda..... 126
Palos de Moguer, por J. E. Hartzenbusch..... 53 y 74	El arroyo y la azucena, por Francisco Guijarro..... 126
Don Francisco de Quevedo..... 56	Un día de novillos..... 128, 144, 160, 176, 192 y 208
Doña Isabel la Católica dictando su testamento..... 57	Semana Santa, por O. y B..... 129
Las lecturas poéticas, por L. D. C..... 58	Los instrumentos de la Pasión, por Rufino García Cortés..... 130
Historia de una mujer, por A. Alcalde Valladares..... 60	El terremoto, por Antonio Arnao..... 132
Isaac Newton, por Ramon Segade Campoamor..... 61 y 70	Prodigios de la caridad, por Luis Perez Rubin..... 132
La santa infancia en el Celeste Imperio, por Ana Elgueta..... 65	El murciélago, por Nicolás Muñoz..... 135
Una república en una hoja de pita, por Celso Gomis..... 68	La limosna..... 136
El Marqués de Villena..... 72	La muerte de Jesús, por N. Díaz de Escovar..... 136
Día sereno..... 73	La Anunciación..... 137
Fragmento, por Patrocinio de Biedma..... 73	Las estrellas erráticas y los bólidos, por Celso Gomis..... 145
Juanito Perez, por José Fernandez Bremon..... 76	Los hijos y los padres, por Ramon de Campoamor..... 148
Dar posada al peregrino, por Enrique Ceballos Quintana..... 78	Perla en su concha, por Antonio Arnao..... 148
La verdadera felicidad, por Juan Cervera Bachiller..... 78	El país de los buenos mozos, por Eduardo Guillen..... 153, 170, 189, 202, 218, 235, 252, 266 y 282
Diálogos instructivos, por Julio Nombela..... 81, 97 y 138	El niño, por M. Ossorio y Bernard..... 155
Gurrumino, por F. Martinez Pedrosa..... 84	¡Madre! por F. del Castillo y Soriano..... 156
Niños y viejos, por Carlos Aguirre..... 87	Hospitales de niños..... 157
D. Adelardo Lopez de Ayala..... 88	En el álbum de la señorita Doña L. Ll. y T., por A. Alcalde Valladares..... 158
Tres de Mayo de 1808..... 89	Un deber imprescindible, por E. de Cortazar..... 161
El gloton, por J. del Castillo y Soriano..... 90	Asilos de niños..... 163 y 194
En el Monte de Piedad, por R. T. Muñoz de Luna..... 91	El pez y el ave, por Ventura Mayorga..... 167
El castigo de un pueblo, por Luis Perez Rubin..... 92	D. Juan Eugenio Hartzenbusch, por O. y B..... 169
Lo que puede el llanto, por Celso Gomis..... 93	El beso puro, por Antonio Arnao..... 172
Caridad cristiana..... 94	El vampiro, por Celso Gomis..... 173
Justicia, por Enrique Ceballos Quintana..... 95	Arrepentimiento, por E. Ceballos Quintana..... 175
La alacena, por J. E. Hartzenbusch..... 99	Los colores de las plantas, por Joaquín Olmedilla y Puig..... 177
La abeja, por Luis A. Alvistur..... 100, 113, 141, 149, 165, 197, 213, 229 y 244	El testigo diario, por M. Zapata..... 180
La soberbia, por Ventura Mayorga..... 103	El huérfano, por P. Groizard..... 181
D. Antonio de Trueba, por M. Ossorio y Bernard..... 105	El buen hijo, por Ventura Mayorga..... 181
Un arroyo, por Celso Gomis..... 107	Los pájaros, por José de Velilla..... 184
Prision del Conde de Cifuentes, por Joaquín Olmedilla y Puig..... 109	Cervantes en Argel, por M. Ossorio y Bernard..... 185
La oveja y el zarzal, por F. L. de Henales..... 110	El puente rústico, por Angela Grassi..... 193
Fröbel y los Jardines de la infancia..... 117	El mes de María, por M. Ossorio y Bernard..... 200
D. Leandro Fernandez de Moratin..... 120	El compromiso de Caspe..... 201
Sueño tranquilo.—Insomnio..... 121	A mi hija, por Celso Gomis..... 206
Cuatro palabras sobre la arqueología, por Angel de Gorostizaga..... 124	Las perlas, por C. Gomis..... 209, 225 y 241
El baston, por Miguel Ramos Carrión..... 124	El quinto, por Pedro Groizard..... 213
	Bartolomé Estéban Murillo..... 216
	Luisa, por Ricardo Sepúlveda..... 217
	La niña y la paloma, por Antonio Arnao..... 221

	Páginas.		Páginas.
La ramilletera.....	222	La abeja.—Carta-epilogo, por M. Ossorio y Bernard.....	261
Constancia, por E. Ceballos Quintana.....	223	Apolo y las nueve musas, por Ventura Mayorga.....	263
Corridas de toros.....	228	El canario.....	264
Niñas y flores, por M. Ossorio y Bernard.....	228	Recoleccion de la cochinilla.....	265
Hombres y niños, por Constantino Gil.....	229	Dar buen consejo al que lo haya menester, por E. Ceballos Quintana.....	269
Palacio de San Telmo en Sevilla...	232	Cuentos.....	269
La Guardia civil, por O. y B.....	233	La visita de la vieja, por María de la Peña.....	273
Bienaventurados los que lloran, por Ventura Mayorga.....	234	Amor al prójimo, por Ventura Ruiz Aguilera.....	276
La flor mas hermosa, por Joaquin Olmedilla y Puig.....	235	La noche, por Luis Perez Rubin...	277
Chateaubriand, por José Hernandez y Gonzalez.....	346	Todo en el mundo es amor, por Celso Gomis.....	277
Una solemnidad académica.....	249	Ideas sueltas, por Constantino Gil.	278
Melodía, por Pedro María Barrera.	250	Las rosas, por María del P. Si-nués.....	279
Historia infantil, por Manuel Fernandez Muñoz.....	250	Melodia, por Pedro M. Barrera....	279
El agua y el caño, por Constantino Gil.....	252	Higiene.....	280
Exposicion de aves y flores, por O. y B.....	254	Consecuencias.....	281
El miedo, por Cayetano Rosell.....	257	Gratitud, por E. Ceballos Quintana.	284
El alma, por A. Alcalde Valladares.	260	Pronósticos deducidos de los animales, por Cortés y Morales....	284

